

la injusticia de lo que le pedían, estaba dispuesto á un postrer sacrificio, cuando Napoleón había invadido de repente su territorio y le había puesto en la necesidad de defenderse; que entonces, secundado por el valor de su ejército y por su clima, había rechazado al invasor; que llegado al Vístula, se habría detenido si la Europa oprimida no hubiese implorado su socorro; que, después de Lutzen y Bautzen, los soberanos aliados habían querido entenderse con Napoleón, dejarle sus inmensas conquistas, aligerando únicamente el yugo que pesaba sobre ellos; pero que él se había negado á esto constantemente; que, en el Rhin, se habían detenido de nuevo para ofrecerle como frontera este hermoso río, y que Napoleón no había contestado; que en Chatillón le habían ofrecido la Francia de Luis XIV y de Luis XV, y que tampoco la había querido, y que entonces había sido preciso venir á París á buscar una paz que no habían podido hallar en ninguna parte; que entrados en París, los soberanos aliados no querían ni humillar á la Francia ni imponerle un gobierno; que de buena fe se habían ocupado en descubrir el que ella deseaba verdaderamente, aquel que procurándola su bienestar aseguraría el descanso á la Europa; que ningún pacto tenían con los Borbones, y que si se inclinaban hacia ellos, era más bien por necesidad que por haberlos elegido; que era tanta su deferencia por la opinión de la Francia, que estaban prontos á adoptar el gobierno que designaran los diputados del ejército allí presentes, pero con la expresa condición de que ese gobierno no tuviera nada de alarmante para la Europa. Lisonjeando entonces más que nunca á sus interlocutores, Alejandro añadió: «Poneos de acuerdo entre vosotros, adoptad la constitución que más os plazca, elegid el jefe que convenga mejor á esa constitución, y si debemos sacar de entre vosotros, que tantos títulos reunís con vuestros servicios y vuestra gloria, el nuevo jefe de la Francia, consentiremos con placer y le adoptaremos al punto, con tal que no amenace ni nuestro reposo ni nuestra independencia.»

El mariscal Ney, que con su impetuosa natural se adelantaba siempre á todo, se apresuró á contestar á las corteses palabras del emperador Alejandro, y solícito en demasía por entrar en sus ideas, le dijo que ellos habían sufrido más que nadie con las guerras incesantes de que se quejaba la Europa; que ellos habían sido las primeras víctimas del dominador absoluto que la Europa rechazaba, pues el continente estaba cubierto de cadáveres de sus compañeros de armas, y que, en cuanto á ellos, no serían los menos ardientes en desear que se alejara del trono. Este lenguaje, por verídico que pudiera ser, era poco hábil, y sobre todo poco á propósito para imponer respeto á los soberanos, cuyas resoluciones no se podían modificar sino exagerándoles la adhesión del ejército á Napoleón. En Alejandro produjo una impresión sensible, que deploraron los colegas del fogoso mariscal. Ney prosiguió su discurso, y respondiendo á la lisonjera insinuación de Alejandro en favor de un candidato elegido entre los militares franceses, insinuación que, si hubiese sido formal, no habría podido aludir á otro que á Bernadotte, le dió á entender que entre los hombres de espada no había más que uno que hubiese llegado á esa altura desde la cual se puede reinar sobre los pueblos; que éste, condenado por la fortuna, se ha-

bía apartado por sí mediante su abdicación; que después de él ningún militar se atrevería á tener tales pretensiones, y que el único que podía atreverse quizá estaba cubierto de sangre francesa é indignaría á todos los corazones; finalmente, que el hijo de Napoleón, con su madre por regente, era el único gobierno que se podía ofrecer al ejército y á la Francia.

Formulada categóricamente esta proposición, Ney y Macdonald defendieron con vehemencia y con una especie de elocuencia militar la causa del rey de Roma. Se pronunciaron con pasión contra la idea del llamamiento de los Borbones, procurando demostrar la doble dificultad de que los aceptara la Francia nueva, que no los conocía, y de que ellos aceptaran un país que también les era desconocido; y, en este caso, señalaron la consiguiente probabilidad de ver estallar muy luego entre el trono y el país una incompatibilidad de sentimientos que produciría desórdenes y dejaría engañadas las esperanzas de reposo que fundaba la Europa en la restauración de la antigua dinastía. Después hicieron resaltar la conveniencia, muy grande á su juicio, de dejar á las nuevas generaciones bajo un gobierno de su misma naturaleza, compuesto de hombres que hacía veinte años administraban los negocios públicos, que detestaban tanto como la misma Europa el sistema de guerra continua, pues ellos habían soportado todo su peso, y que además tendrían á su cabeza una princesa de la que los soberanos aliados no podían desconfiar en atención á que era hija de uno de ellos. Hablando en fin por el ejército en particular, los mariscales dijeron que bien se debía alguna cosa á aquellos guerreros que tanta sangre habían derramado por la Francia, y que si era necesario verterían la que les quedaba; que ellos y sólo ellos contenían en aquel momento la desesperación de Napoleón, y que en vez de hacerles vivir bajo unos príncipes que los detestarían adulándolos, se les debía, cuando menos, permitirles vivir bajo el gobierno del hijo del general al que habían consagrado su existencia y que los había conducido durante veinte años á la victoria.

Estas consideraciones, presentadas con mucho ardor, no dejaron de producir en Alejandro una impresión visible. Queriendo, no obstante, contradecir á los dos mariscales más bien para obligarles á dar todas sus razones que para combatirlos, les citó los actos recientes del senado, les hizo notar que se habían dado ya muchos pasos hacia la restauración de la antigua dinastía, y que los representantes más significados de la Revolución y del Imperio no habían vacilado en pronunciarse en su favor.

A la primera palabra que se dijo sobre el senado, el mariscal Ney no pudo contener su indignación. «Ese miserable senado, exclamó, que habría podido evitarnos tantos males oponiendo alguna resistencia á la pasión conquistadora de Napoleón; ese miserable senado, siempre pronto á obedecer á las voluntades del hombre que en el día llama un tirano, ¿con qué derecho levanta la voz en este momento? Si nada decía cuando hubiera debido hablar, ¿cómo en la actualidad, que todo le impone silencio, se permite hablar? La mayor parte de esos señores senadores cobraban tranquilamente sus dotaciones en tanto que nosotros regábamos la Europa con nuestra sangre. No son ellos los que tienen derecho á

quejarse del régimen imperial; y si olvidando toda conveniencia se atreven á ostentar pretensiones, ponédos enfrente de ellos, y veréis si su bajeza podrá elevar la voz en nuestra presencia.» Conmovido con estas palabras, Alejandro pareció dispuesto á consentir en una conferencia de los mariscales con los principales senadores. El general Dessoles, viendo el terreno que se perdía, trató de intervenir en esta discusión, y lo hizo con vehemencia y aun con cierta dureza. Varias veces le interrumpieron, y el debate vino á hacerse confuso y violento. El general Dessoles, no hallando en derredor el mayor apoyo, apeló á la lealtad de Alejandro, y le hizo presente que se habían comprometido demasiado en la vía del restablecimiento de los Borbones para retroceder; que una multitud de hombres honrados se habían comprometido bajo la fe de los soberanos aliados y que no sería leal abandonarlos. Este argumento verdadero, pero un poco egoísta, alegado ya por Mr. de Talleyrand, no cuadraba con el noble carácter del general Dessoles, á quien sólo guiaban en esta ocasión convicciones desinteresadas, y concluyó también por herir al emperador Alejandro. Este príncipe respondió con firmeza que nadie tendría jamás que arrepentirse de haberse fiado de él y de sus aliados; que allí no se trataba de intereses personales, sino de intereses generales, que tocaban á la Francia, á la Europa y al mundo, y que debían conducirse por miras más elevadas. Interrumpiendo la conversación, que había durado casi toda la noche, y haciendo notar que él era el único presente de los aliados, pues el rey de Prusia estaba ausente, Alejandro despidió con afabilidad á los mariscales dándoles cita para la otra mañana con el fin de comunicarles lo que después de maduras reflexiones habrían decidido los monarcas aliados.

Aunque se hubiesen dado muchos pasos en el camino que conducía al restablecimiento de los Borbones para poder retroceder con facilidad, la causa del rey de Roma y de María Luisa no parecía totalmente perdida, y los mariscales, haciéndose ilusiones, salieron de esta primera entrevista con más esperanzas de las que era razonable concebir. Escuchados por Alejandro con complacencia, tratados con miramientos que casi equivalían al respeto, y exaltados por la discusión, se retiraron de las habitaciones muy animados, y distinguiendo en la antecámara del emperador de Rusia á hombres que antes se agrupaban á las puertas de Napoleón, no pudieron contenerse, aunque muy luego debían dar ellos también el espectáculo que tanto les indignaba en aquel momento. La discusión continuó inmediatamente con los miembros del gobierno provisional y con varios de sus ministros, siendo menos comedida que delante del emperador Alejandro. Habiéndose querido dirigir el general Beurnonville al mariscal Macdonald, éste le dijo: «Retiraos, vuestra conducta ha borrado en mí una amistad de veinte años.» Después, encontrándose con el general Dupont, le dirigió estas palabras: «General, quizá os han tratado con ingratitud, pero habéis escogido mal la ocasión y el modo de vengaros.» El mariscal Ney no fué más reservado, y esta escena iba á tomar un carácter alarmante, cuando Mr. de Talleyrand observó á los interlocutores que el lugar no era conveniente para discutir en aquel tono, pues estaban en casa del emperador de Rusia y le faltaban al debido respeto, y les

invitó á bajar á sus habitaciones donde se encontrarían en los aposentos del gobierno provisional. «Nosotros no reconocemos vuestro gobierno provisional, y nada tenemos que decirle,» respondió el mariscal Macdonald; y salió bruscamente, llevándose á sus colegas.

Los negociadores de Napoleón se retiraron á casa del mariscal Ney para pasar allí el resto de la noche, y esperar la respuesta de los soberanos aliados, que les debían entregar en la mañana siguiente.

Mientras se discutía esta grave cuestión con probabilidades muy diversas en el palacio de la calle de San Florentino, se estaba resolviendo en otra parte, no con argumentos verdaderos ó falsos, sino con el peor de todos, con una defección. Como hemos dicho, Napoleón no daba gran importancia al paso dado por los mariscales, y no pensaba más que en el proyecto de pasar el Essonne con los setenta mil hombres que le quedaban, para destrozar á los aliados ó sepultarse con ellos bajo las ruinas de París. Teniendo necesidad de Marmont, que mandaba el cuerpo establecido sobre el Essonne, le había llamado á Fontainebleau con el fin de darle sus últimas instrucciones. Sin embargo, previendo que Marmont habría podido seguir á los mariscales á París, había prescrito que si no estaba él pasara á verle el mariscal encargado de reemplazarle. Napoleón había confiado esta misión al coronel Gourgaud. Este oficial bizarro y adicto, pero que tenía el defecto de no transmitir siempre las órdenes del emperador con el tacto conveniente, se mostró sorprendido al no encontrar en su puesto al mariscal Marmont, y pidió con un tono casi amenazador que se presentara el oficial que mandaba en su lugar. Al verle se habría dicho que representaba á un amo irritado, instruido de lo que había pasado en Petit-Bourg entre Marmont y el príncipe de Schwartzberg; y sin embargo, no sabía nada. Napoleón y el coronel Gourgaud lo ignoraban todo, pero este último, siguiendo las deplorables costumbres del estado mayor imperial, iba á determinar sin saberlo un acontecimiento de suma importancia. Hay veces en que la fortuna, después de habérselo perdonado todo, ya no perdona nada, y os castiga no solamente por vuestras faltas, sino por las ajenas. Napoleón fué un ejemplo cruel de esto que decimos en aquellas circunstancias.

El general Souham, en su calidad de jefe más antiguo, era el que mandaba en ausencia de Marmont. El coronel Gourgaud le habló en el mismo tono, tanto á él como á los demás generales, Compáns, Bordessoulles y Meynadier, y para colmo de desgracia llegó en aquel momento una nueva orden por escrito, dirigida directamente al general Souham y prescribiéndole que pasara inmediatamente á Fontainebleau.

Esto era consecuencia natural de una costumbre establecida en el estado mayor imperial, que consistía en repetir por escrito todas las órdenes verbales del emperador. El anciano Souham no se hizo esta sencilla reflexión, y herido con el modo que el coronel Gourgaud había empleado para hablarle, sorprendido con la repetición escrita de las mismas órdenes, y teniendo en aquel momento la desconfianza de una conciencia que no era irreprochable, concibió de repente un pensamiento de los más desgraciados.

Napoleón, á su juicio, lo sabía todo, conocía no solamente el convenio secreto concluido por el mariscal



Marmont con el príncipe de Schwartzberg, sino la adhesión que había recibido por parte de los generales de división del 6.º cuerpo, y los llamaba á Fontainebleau para ponerlos presos y quizá fusilarlos. Souham era un general de la revolución, excelente hombre de guerra, antiguo amigo de Moreau, que había conservado hacia Napoleón el odio sordo de todos los generales del ejército del Rhin, que se quejaba como Vandamme, y con iguales motivos, de no haber sido nombrado mariscal, que continuaba siendo republicano de corazón y estaba bastante acostumbrado á los procedimientos revolucionarios para creer á Napoleón capaz de los actos más violentos. El general reunió en seguida á sus colegas los generales Compans, Bordessoulles y Meynadier, les dijo que evidentemente Napoleón, informado de lo que había pasado, los llamaba para mandarlos fusilar, y que él no era hombre de exponerse á semejante fin. Los generales contestaron que tampoco ellos estaban dispuestos á correr ese riesgo, y después de algunas objeciones desvanecidas ante la repetida afirmación de que Napoleón lo sabía todo, consintieron en lo que proponía el general Souham, es decir, en no esperar la vuelta del mariscal Marmont para ejecutar el convenio concluido con el príncipe de Schwartzberg, y por consiguiente, pasar el Essonne para ponerse á las órdenes del gobierno provisional. El general Souham estaba tan convencido de que le llamaban para prenderle, que había establecido un piquete de caballería sobre el camino de Fontainebleau con orden de detener y hacer fuego al primer oficial de estado mayor que apareciera, si Napoleón, impaciente de verse obedecido, renovaba sus mensajes. El coronel Fabvier, del estado mayor del mariscal Marmont, afligido con estas resoluciones tan ligeras y deplorables, trató en vano de calmar al general Souham y de probarle que se exageraba el peligro de su situación; que, por otra parte, las precauciones que acababa de prescribir para guardar el camino debían tranquilizarle; que además podía quedarse al otro lado del Essonne de manera que pudiera escaparse á la primera señal; que no atenerse á esto y tomar por sí la resolución de mover las tropas, era merecer y quizá incurrir en el castigo que sin razón temía en aquel momento. Nada pudo vencer al azorado general, que sólo respondía á las excelentes razones del coronel Fabvier con este adagio vulgar de la soldadesca: *Más vale matar al diablo que dejarse matar por él.* Souham persistió, pues, en su error.

Dominados por esta ilusión fatal, los generales de división del 6.º cuerpo dieron parte al príncipe de Schwartzberg, ó á los que le reemplazaban, de su próximo movimiento, y sospechando encontrar mucha oposición en las tropas, ordenaron que todos los oficiales de regimiento, desde los coroneles hasta los subtenientes, marchasen con sus soldados en las filas, pues abrigaban el temor de que los oficiales, reuniéndose para hablar, se comunicaran sus reflexiones, quizá sus dudas, y llegasen así á una sublevación contra los jefes cuya defección habrían adivinado.

Una vez tomadas estas precauciones, el 6.º cuerpo con sus generales á la cabeza atravesó el Essonne á eso de las cuatro de la madrugada del 5, en tanto que los mariscales estaban en conferencia en la calle de San Florentino, y se adelantó en silencio hacia las avanzadas enemigas. Las tropas obedecieron, ignorando la falta

que las hacían cometer, unos suponiendo que el movimiento era consecuencia de la abdicación, cuya noticia había circulado en la noche, y otros pensando que estaba concertado para sorprender al enemigo. No obstante, al ver á los soldados aliados por los caminos sin que les mandaran hacerles fuego, empezaron á concebir sospechas y pronto se oyeron murmullos. Algunos oficiales, cómplices en la defección, trataron de apaciguarlos, alegando varios pretextos, é hicieron continuar la marcha hacia Versalles. Pero los murmullos crecían á cada paso, y todo presagiaba una sublevación al llegar á Versalles. Así se pasó al enemigo el 6.º cuerpo, excepto una división, la del general Lucotte, á quien la orden le pareció sospechosa y se negó á obedecerla. La línea del Essonne quedó, pues, descubierta al enemigo, y el 6.º cuerpo, tan necesario para la ejecución de los planes de Napoleón, quedó completamente perdido para él.

El bizarro coronel Fabvier, sin tener en su mano ningún medio de impedir esta triste resolución, no había visto otro recurso para prevenir sus efectos que marchar á escape á París en busca del mariscal Marmont; pero como carecía de permiso, le costó mucho trabajo atravesar las avanzadas enemigas, y no lo consiguió sino á fuerza de súplicas y de suposiciones. Por fin llegó al palacio de Talleyrand, no encontró allí el jefe que buscaba y tuvo que dirigirse á casa del mariscal Ney, donde halló á los tres mariscales reunidos, y donde dió parte á Marmont de lo que acababa de exponer.

Al oír esta terrible noticia, Marmont se conmovió profundamente. «Estoy perdido, exclamó, ¡deshonrado para siempre!» El desgraciado no creyó suficientemente lo que decía, pues en este caso habría hecho todo lo posible para libertarse de toda responsabilidad en aquella defección. Se contentó con lamentarse y con pedir consuelo á sus colegas (muy poco dispuestos á ofrecerle), en vez de ir á Versalles y volver con las tropas al puesto que ocupaban á través de todos los peligros. En tanto que gastaba el tiempo en quejas inútiles, un mensaje del emperador de Rusia vino á anunciar á los representantes de Napoleón que se les esperaba en el palacio de la calle de San Florentino. Los representantes salieron en compañía de Marmont, que no cesaba de lamentarse sin obrar, y desprovistos de toda esperanza desde la fatal noticia que había venido á sorprenderles.

En tanto que pasaba esa escena en el camino de Versalles, los autores de la restauración de los Borbones se habían agitado también en demasía. El emperador Alejandro se había mostrado tan conmovido con el lenguaje de los mariscales, y hasta sus aliados, aunque naturalmente inclinados á los Borbones, parecieron tan convencidos de la ventaja de terminar inmediatamente la guerra por un acto de acuerdo con Napoleón, que los realistas reunidos en casa de Mr. de Talleyrand se alarmaron hasta lo sumo, y repitieron al emperador Alejandro lo que hacía cinco días no cesaban de decirle; además, despacharon al general Beurnonville cerca del rey de Prusia, para repetirle las mismas cosas; y como nada tenían que hacer para persuadir al príncipe de Schwartzberg, se contentaron con suplicarle que se mantuviera firme. En una palabra, no descuidaron ninguna cosa para prevenir un cambio de fortuna, que dependía

sobre todo de la volubilidad de Alejandro. No obstante, estos esfuerzos eran casi superfluos, pues nada había que decir á las cortes aliadas para demostrarlas que los Borbones valían más que Napoleón oculto detrás de la regencia de su mujer, pero los aliados temían exasperar demasiado á Napoleón, y este motivo era el único que podía hacerles vacilar. Empero, después de haberse reunido en el palacio de San Florentino, y de haber deliberado, los representantes de la coalición opinaron que debían perseverar en su propósito, primero porque ya se habían adelantado mucho con haber hecho pronunciar la destitución de Napoleón y de sus herederos, después porque para ellos el gobierno de los Borbones les ofrecía más tranquilidad que el de una regencia que dejaría á Napoleón la tentación y los medios de recobrar el cetro, y con el cetro la espada; y en fin porque la obra emprendida para libertarse del opresor común estaba tan adelantada, que más valía llevarla á su término aunque fuese á costa de una última efusión de sangre, que abandonarla cuando estaba casi concluida. Así, pues, habían encargado á Alejandro el declarar que persistían en lo que habían resuelto primitivamente, pero sin comunicarle una resolución enérgica que ellos no tenían, y sin darle en favor de los Borbones un ardor de celo de que carecían igualmente.

Alejandro, rodeado del rey de Prusia y de los ministros de la coalición, recibió á los mariscales, presentados por Mr. de Caulaincourt, con la misma benevolencia que la víspera. Les manifestó de nuevo la idea tantas veces repetida en aquellos días de que los soberanos aliados habían venido á París á buscar la paz y no para humillar á la Francia ó para imponerla un gobierno; después repitió de una manera precisa y resuelta las razones expresadas ya contra el sostenimiento personal de Napoleón en el trono de Francia; pero su firmeza hubo de ceder algún tanto al enumerar las que podían alegar contra la regencia de María Luisa. Sobre este último punto se pronunció de una manera que no tenía nada de absoluto, y que aún dejaba la puerta abierta á nuevas discusiones. Efectivamente, éstas volvieron á empezar, los mariscales repitieron con vehemencia lo que habían dicho contra el llamamiento de los Borbones, y se mostraron casi amenazadores al hablar de las fuerzas que aún le quedaban á Napoleón y de la adhesión que encontraría en ellos para la defensa de los derechos del rey de Roma. Alejandro, visiblemente perplejo, miraba unas veces á los interlocutores, otras á sus aliados, como si hubiese pensado en una solución distinta de aquella que estaba encargado de notificar (1), cuando de repente entra un ayudante que le dirige en ruso algunas palabras en voz baja. Mr. de Caulaincourt, que comprendía un poco esta lengua, creyó adivinar que le anunciaban á Alejandro la defección del 6.º cuerpo, que ignoraba evidentemente este monarca á juzgar por su sorpresa. «¿Todo el cuerpo?, preguntó Alejandro inclinando su oído, pues era algo sordo.—Sí, todo el cuerpo,» respondió el ayudante. Alejandro se volvió á los negociadores, pero distraído y escuchando apenas lo que le decían. En seguida se alejó un instante para hablar con sus aliados. Mientras los tres negociadores estaban solos (esta vez

(1) Hablo en virtud del testimonio escrito de hombres muy dignos de crédito y de los menos hostiles al mariscal Marmont y á los Borbones. (N. del A.)

Marmont no se había atrevido á presentarse), Mr. de Caulaincourt dijo á los dos mariscales que todo estaba perdido, pues ya no podía dudar que la noticia dada al emperador Alejandro no fuese la de la defección del 6.º cuerpo, y que esta noticia no cambiara todas las disposiciones de Alejandro. Éste apareció bien luego, pero esta vez firme en su actitud, decidido en su lenguaje, y declarando que era preciso renunciar tanto á Napoleón como á María Luisa; que únicamente los Borbones convenían á la Francia y á la Europa; que por lo demás, el ejército en cuyo nombre hablaban estaba dividido cuando menos, pues acababa de saber que todo un cuerpo se había pronunciado por el gobierno provisional; que, sin duda, todo el ejército seguiría este buen ejemplo, que así hacía á la Francia un servicio igual á todos los que ya le había hecho; que su gloria y sus intereses se respetarían religiosamente; que los príncipes llamados al trono fundarían en él el nuevo reinado; que respecto á Napoleón, lo único que tenía que hacer era fiarse á la lealtad de los soberanos aliados, y que él y su familia serían tratados de una manera conforme á su grandeza pasada. Dichas estas palabras, Alejandro habló particularmente á cada mariscal: manifestó á Macdonald la estimación que le era debida, lisonjeó á Ney con intención de turbar la cabeza por desgracia muy débil de este héroe, y detuvo algunos instantes á Mr. de Caulaincourt. En su corto coloquio dejó traslucir á éste que las últimas indecisiones de los aliados habían desaparecido ante el acontecimiento que durante la noche había tenido lugar en el Essonne, el cual les dejaba la certeza de que Napoleón no podía intentar nada, y que debía resignarse á su destino. El emperador Alejandro renovó las seguridades que ya había dado sobre el comportamiento más generoso respecto á Napoleón; no disimuló que quizá se había adelantado mucho ofreciendo la isla de Elba, pero añadió que sostendría su palabra, y prometió de una manera formal que María Luisa y el rey de Roma alcanzarían un principado italiano. Después se despidió de Mr. de Caulaincourt, rogándole que volviera cuanto antes con los poderes de su soberano á fin de concluir este asunto, pues de hora en hora la situación de Napoleón perdía lo que ganaba la de los Borbones, y las indemnizaciones que estaban dispuestos á concederle podían reducirse demasiado.

Mr. de Caulaincourt, solo con Macdonald que no le había abandonado, se dispuso á volver á Fontainebleau. Ney, rodeado por los miembros y los ministros del gobierno provisional, que le detuvieron en medio de ellos, fué colmado de testimonios capaces de trastornar la cabeza más firme. El mariscal Marmont se había dirigido al palacio de Mr. de Talleyrand, donde iba á estar expuesto á nuevas seducciones. Llegaba consternado con lo que había pasado en el Essonne, y buscando en los ojos de todos un fallo que temía muy severo, sobre todo acordándose de lo que los dos mariscales le habían dicho por la mañana; pero en vez de expresiones de reprobación ó al menos equívocas, halló por todas partes el asentimiento más lisonjero, con apretones de manos sumamente expresivos. Le decían que después de haber cumplido con su deber heroicamente en la última campaña, había coronado su hermosa conducta salvando á la Francia mediante la determinación que había tomado; que ningún premio era bastante grande para pagar aquel



servicio, y que los Borbones se apresurarían á cumplir con él de la manera que más le conviniese. El infortunado Marmont estaba dispuesto á protestar contra aquellos méritos falsos que le atribuían; pero en medio de tales felicitaciones no tuvo fuerza para rechazar tanto honor y tan brillantes esperanzas, y al aceptar, á pesar suyo, aquellas lisonjas, aceptó también la reprobación que después ha quedado cruelmente unida á su nombre.

En las revoluciones, las peripecias son bruscas y repentinas. En tanto que los hombres del palacio de Mr. de Talleyrand, enajenados de gozo al saber la defección del 6.º cuerpo y la resolución definitiva de los aliados, colmaban de felicitaciones á Marmont, tratando así de asociarle á su júbilo y á sus esperanzas, una noticia inesperada vino á turbar un instante su alegría. Se esparció el rumor de que en Versalles había estallado una sedición militar entre los soldados del 6.º cuerpo; que estos soldados decían que habían sido engañados por sus generales y querían fusilarlos, y que nadie estaba seguro de las consecuencias de este accidente imprevisto. Con un poco más de calma de la que se tiene en semejantes circunstancias, se habría comprendido que un cuerpo de quince mil hombres, separado del grueso del ejército francés y completamente rodeado por las tropas aliadas, sería destrozado ó desarmado si trataba de volverse atrás de lo que había hecho. Pero no se raciocina de este modo en los días de revolución. Se temió que este cuerpo, retrocediendo por un impulso de heroica desesperación, no reanimara las pasiones de las tropas que estaban en Fontainebleau, tanto como el ardor belicoso de Napoleón; que no llegara hasta conmover fuertemente al pueblo de París, tranquilo en apariencia, pero encolerizado á la vista del extranjero, y que, por consecuencia, no fuera esto la causa de un cambio completo de escena; todos se conmovieron y se turbaron profundamente.

Sólo un hombre podía impedir que el feliz acontecimiento de la noche anterior no se convirtiera tan pronto en una desgracia, y este hombre era el mariscal Marmont. Efectivamente, este mariscal debía tener sobre las tropas del 6.º cuerpo un grande influjo y más que nadie era capaz de mantenerlas en la vía en que ya habían entrado. Bajo este concepto, le suplicaron que fuera á concluir la obra comenzada. Por la centésima vez le repitieron que el restablecimiento de Napoleón contra la Europa entera era imposible; que la Europa, aun cuando fuese derrotada en París, no se daría por vencida; que empezaría la guerra con nuevo encarnizamiento; que, de este modo, la Francia se vería expuesta á una horrible prolongación de males; que la paz con las fronteras de 1790, y los Borbones con garantías legales, eran bien preferibles á tales probabilidades; que además él había entrado en esa vía con su cuerpo de ejército; que ahora retroceder le sería imposible y sería inexplicable para todos; y en fin, que perdido ya con Napoleón, quedaría perdido también y para siempre con los Borbones. Marmont, que no quería perderse así con todos y que, por otra parte, después de haber tenido la debilidad de aceptar las felicitaciones inmerecidas, deseaba adquirir títulos incontestables al favor real, se decidió á marchar á Versalles con el fin de reducir á la obediencia á las tropas sublevadas del 6.º cuerpo. Con efecto, llegó á Versalles y encontró á sus soldados en completa insurrección,

reunidos fuera de la ciudad y negándose á entrar en orden á pesar de los esfuerzos del general Bordesoulles, á quien echaban en cara vivamente la conducta que les había hecho observar. La súbita llegada del mariscal Marmont les causó una verdadera satisfacción. Como se hallaba ausente en el momento en que la defección se había cumplido, suponían que la ignoraba, y viéndole acudir, se persuadieron de que venía á sacarles del mal paso en que estaban. Además Marmont se había granjeado sus simpatías por su brillante arrojo en la última campaña. Se presentó, pues, á ellos, apeló á sus recuerdos, trazó las circunstancias peligrosas en que él los había mandado y había compartido los peligros á su cabeza. Consiguó con esto arrancarles aclamaciones, y después de haber sentado sus derechos á su confianza, les dijo que habiéndoles conducido siempre por el camino del honor no les haría salir de él en la actualidad, sino que los guiaría constantemente cuando este camino se abriese delante de ellos; pero que en el estado de turbación en que los veía no podían ser más que instrumentos de desorden, destinados á ser vencidos por el primer enemigo que les encontrara á su paso; que les suplicaba, pues, que volvieran á sus filas al mando de sus jefes, prometiéndoles que, una vez restablecido el orden, se volvería con ellos y con ellos se quedaría hasta que la Francia hubiese salido de la espantosa crisis que atravesaba actualmente. Marmont no dijo más, y los soldados explicaron sus reticencias por la proximidad de los enemigos que les rodeaban por todas partes. Se calmaron, entraron en sus filas, y parecieron dispuestos á esperar con paciencia las órdenes del mariscal. Ahora bien, bastaban algunos momentos de sumisión para que su alboroto no infundiera ya más temores. Los aliados iban á colocar naturalmente entre el 6.º cuerpo y Fontainebleau una barrera inexpugnable.

Marmont se volvió en seguida á París, para anunciar el feliz resultado de su corta misión y para oír las lisonjas de aquel palacio de la calle de San Florentino, que le habían perdido, y de las cuales no podía ya prescindir. Le rodearon de nuevo, le colmaron más que nunca de caricias, y le prometieron ese eterno reconocimiento, que, por parte de los pueblos, de los partidos y de los reyes, no es siempre cosa segura ni aun para los servicios más puros y más dignos.

Así se consumó esta defección, que se ha llamado la traición del mariscal Marmont. Si el acto de este mariscal hubiese consistido en preferir los Borbones á Napoleón, la paz á la guerra, la esperanza de la libertad al despotismo, nada hubiera sido más sencillo, más legítimo, más natural. Pero prescindiendo de los deberes de la gratitud, no se puede olvidar que Marmont estaba revestido de la confianza personal de Napoleón, que estaba sobre las armas y que ocupaba en el Essonne un puesto de importancia capital; ahora bien, abandonar en aquel momento esa posición con todo su cuerpo de ejército, en virtud de un convenio secreto con el príncipe de Schwartzberg, ¡no era optar como un ciudadano libre de sus voluntades entre uno ú otro gobierno, era observar la conducta del soldado que se pasa al enemigo! Marmont ha dicho posteriormente que no había tenido más que una parte en este acto desgraciado, y es cierto que después de haberlo querido, y aun después de haberlo principiado, se detuvo á la mitad, espantado

con lo que había hecho. Sus generales de división, ex-traviados por un terror inmotivado, continuaron el acto interrumpido y lo concluyeron por su cuenta; pero Marmont, acudiendo á apropiarse el fin con su conducta en Versalles, consintió en reasumirlo entero sobre su cabeza y en llevar su carga á los ojos de la posteridad.

No menores, aunque de otra especie, eran las agitaciones en Fontainebleau, donde habían llegado los tres plenipotenciarios en la tarde del 5 para transmitir la respuesta definitiva de los soberanos aliados. El mariscal Ney, halagado hasta lo sumo por el gobierno provisional, se comprometió á obtener y presentar la abdicación pura y simple de Napoleón, y no había esperado á sus colegas para partir, ora por el deseo de estar solo, ora por apresurarse á cumplir su promesa. Ney había encontrado á Napoleón instruido de la defección del 6.º cuerpo, y apreciando mejor que nadie sus consecuencias militares y políticas; pero le halló sereno, mostrando tanto más orgullo cuanto más encarnizamiento le mostraba la fortuna, y nada dispuesto á dejar ver lo que sentía á otro que á los dos ó tres personajes que poseían exclusivamente su confianza. Napoleón dió á Ney cortésmente las gracias por el cumplimiento de su misión, pero no quiso abrirle la vía de las confidencias y de los consejos adivinando en su actividad y su prisa por llegar antes que los demás, que tenía un vivo deseo de contribuir al desenlace y quizá de hacerse de ello un mérito.

Escuchó casi sin responderle todo lo que quiso decirle el mariscal; y en efecto, éste se extendió largamente sobre la irrevocable resolución de los soberanos, sobre la imposibilidad de hacerlos variar, sobre la especie de entusiasmo con que se pronunciaban en París por la paz y por los Borbones, sobre el triste estado del ejército, sobre la imposibilidad de obtener nuevos esfuerzos de él; y á propósito de la sangre que había derramado con tanta abundancia, habló de las circunstancias presentes con verdad, pero sin miramientos, pues su alma guerrera era más fuerte que delicada. Sin embargo, no se alejó del respeto debido al soberano, ante el cual él y sus compañeros de armas habían contraído la costumbre de bajar la cabeza (1). Napoleón, después de haberle

(1) Es tan difícil saber lo que pasó en esta última entrevista como en la anterior, en que hemos hablado en las páginas anteriores. Ney nada ha dejado escrito, y Napoleón en sus Memorias de Santa Elena ha guardado un completo silencio por el respeto al infortunio y al heroísmo del mariscal. No obstante, en algunas de sus expresiones es fácil conocer que Napoleón había sentido vivamente la actitud del mariscal Ney en los últimos días del imperio. El mariscal cometió la falta de vanagloriarse á su vuelta á París, especialmente cerca del general Dupont, ministro de la Guerra, que así lo ha consignado en sus Memorias, de haber obligado á Napoleón á que abdicara. Todo prueba que en esta ocasión el mariscal se acusó sin motivo, y que en la escena de Fontainebleau se había limitado á comportarse con pocos miramientos hacia la desgracia, sin permitirse una violencia de palabras que seguramente no era posible. Lo que nos inclina á creerlo así es que Mr. de Caulaincourt, cuando llegó á eso de las doce de la noche, es decir, pocos instantes después del mariscal Ney, encontró á Napoleón sumamente sereno, sin nada en su actitud ni en su lenguaje que demostrara la animación que habría debido dejarle una escena violenta, y además sin haberse fijado en ninguna resolución. Mr. de Caulaincourt, en algunos recuerdos consignados por escrito, dice categóricamente que, comparando lo que había visto en Fontainebleau con lo que algunos días después oyó contar sobre la conducta del mariscal Ney, apenas se explicó las versiones propagadas, y que no pudo menos de creer que el mariscal Ney se había calum-

escuchado fría y pacientemente, le respondió que reflexionaría y que á la otra mañana le daría á conocer sus resoluciones definitivas. Después de esta entrevista, el mariscal Ney, solicitado en cumplir su promesa, se apresuró á escribir una carta al príncipe de Benevento, en la cual, contando su regreso á Fontainebleau, después del mal resultado de las negociaciones de la mañana, resultado que fué debido, decía, á un acontecimiento imprevisto (el acontecimiento del Essonne), añadía que el emperador Napoleón, convencido de la posición crítica en que había colocado á la Francia y de la imposibilidad en que se hallaba de salvarla por sí, parecía decidido á dar su abdicación pura y simple. Sentada esta aserción, cuando menos prematura, el mariscal concluía diciendo que creía poder llevar en persona el acta auténtica y formal de esta abdicación. La carta estaba fechada en Fontainebleau á las once y media de la noche.

Mr. de Caulaincourt y el mariscal Macdonald llegaron inmediatamente después del mariscal Ney, y hallando á Napoleón profundamente dormido, le despertaron y le contaron con los mismos detalles que el mariscal Ney, pero en términos diferentes, todo lo que había pasado en París, desde la víspera, es decir, sus negociaciones, que principiaron bien, al menos en apariencia, y que muy luego fueron seguidas de un mal éxito completo por la defección del cuerpo de Marmont. No disimularon que, en su íntima convicción, por doloroso que les fuera pronunciarse de este modo, Napoleón no podía hacer otra cosa que dar su abdicación pura y simple, si no quería empeorar su situación personal, quitar á su mujer, á su hijo y á sus hermanos toda probabilidad de un establecimiento conveniente, y en fin, atraer sobre la Francia nuevos é irreparables infortunios. Este consejo que se reproducía seguidamente, aunque presentado esta vez en los términos más respetuosos, hubo de importunar á Napoleón, quien respondió con una especie de impaciencia que le quedaban todavía muchos recursos para aceptar tan pronto una proposición como aquella. «¿Y Eugenio, exclamó, Augereau, Suchet, Soult, y los cincuenta mil hombres que tengo aquí, creéis que esto no es nada?... Además, veremos... Hasta mañana, pues.» Y demostrando que era tarde envió á sus dos negociadores á descansar, manifestándoles hasta qué punto apreciaba su noble y delicada conducta.

Apenas se había despedido de ellos, cuando hizo llamar á Mr. de Caulaincourt, á quien profesaba no más estimación que al mariscal Macdonald, pero que

niado á sí mismo. Es indudable que no quedó contento del lenguaje ni de la actitud del mariscal en el palacio de San Florentino, pero no podía creer en la realidad de las escenas de violencia que se contaban en París, y que muchos historiadores han relatado posteriormente. En cuanto al mariscal Macdonald, aunque se muestra en sus Memorias manuscritas poco satisfecho del mariscal Ney, expone las escenas en que ha tomado parte de una manera que excluye completamente toda idea de violencia ejercida sobre Napoleón. Citamos estos dos eminentes personajes, los únicos que hayan escrito como testigos oculares las escenas de Fontainebleau en 1814, y los más fidedignos entre todos aquellos que habrían podido escribirlas, á fin de restablecer los hechos bajo su verdadero punto de vista. Por eso nos lisonjamos de haber presentado aquí la verdad lo mismo que en lo restante de la obra, con toda exactitud posible, y no tememos afirmar que todas las relaciones que se separen de los límites en que nos encerramos, son enteramente falsas ó al menos muy exageradas. (N. del A.)